

## LA ARQUITECTURA BARROCA DE HUANCAVELICA

*José Antonio del Busto Duthurburu*  
Instituto Riva-Agüero

Huancavelica posee un barroco intermedio entre el limeño y el huamanguino, adquiriendo singularidad en sus portadas eclesiales de piedra roja. Esta piedra llamada *pucaruni* se extrae de las canteras vecinas y constituye casi un símbolo de la ciudad, pues por su color simboliza al mercurio, cinabrio, azogue o bermellón que nacía en sus minas inmediatas. Otras piedras locales de origen volcánico serían las denominadas *alaymosca*, que es fina y dura, apta para fachadas; *checco*, que es blanca y suave, inmejorable para muros delgados; y *cancanilla*, que es amarilla, porosa y deleznable, muy empleada para muros gruesos.

La *Catedral* es el edificio más representativo de la población, si bien su portada ha sido reconstruida conforme a la original. Nació como iglesia mayor, estuvo advocada a San Antonio y se remontaba a la erección de la ciudad el año 1572, aunque el templo que hoy se ve data de 1697, aproximadamente. Consta de una portada, dos torres y tres naves, guardando planta rectangular y careciendo de crucero y cúpula.

La portada, ya se dijo, es toda de piedra roja y su primer cuerpo muestra cuatro columnas salomónicas y báquicas que rematan en capitel de plumajes so color de ser corintias; en la clave del arco hay un rostro femenino y joven añadiéndose en los riñones del mismo discretos dibujos curvilíneos. En el segundo cuerpo se abre el frontón que aloja al nicho central que, a su vez, posee su propio frontoncillo partido, a cuyos lados hay nichos vacíos y sobre el cual se abre una lumbrera elíptica y vertical con reja de madera torneada. Esta lumbrera rompe un triángulo que se apoya en otras columnas salomónicas con vides, terminando todo centrado por el escudo de España, con corona y collar del Toisón de Oro, bajo un semi-círculo, mientras a los lados del blasón, sedentes y ladeadas, hay esculturas modernas de la Fe y la Justicia. Como notas curiosas se dan unas mascarillas de rostros masculinos y juveniles de indígenas emplumados sobre los capiteles de las columnas del primer cuerpo. Finalmente, por el suelo corren dos hiladas de cinco garras tridáctilas que, partiendo de la portada, buscan las esquinas exteriores del atrio.

Las torres son macizas y sin complicaciones artísticas, de piedra blanca y con cuatro arquillos por lado en los campanarios, —dos por frente en cada uno de los dos cuerpos— todo lo cual granjea al templo altivez y esbeltez.

El interior de la iglesia puede considerarse hermoso y de gran sabor local por su arco triunfal de piedra roja, sus inmediatos arcos formeros hechos de lo mismo, y la cornisa que corre por toda la nave mayor la cual es también de puca rumi.

Para concluir con la Catedral huancavelicana tendríamos la portada lateral, en el lado de la Epístola, que exteriormente presenta un regular arco de piedra con tres escudos en su frontis: el del centro es el escudo de España, el de la izquierda está muy borrado, pero el tercero se conserva bastante bien, el cual luce cuartelado en cruz y en su primer cuartel las cinco escobas de los Escobares. Lo interesante es el mestizaje heráldico, porque las escobas no son españolas sino indias, vale decir, carecen de asidero de madera.

*Santo Domingo*, iglesia que data de 1662, presenta otra portada de rara belleza, labrada toda en *puca rumi*. Esta portada exhibe una calle, tres cuerpos y un ático. El primer cuerpo tiene un arco de entrada entre dos esbeltas columnas salomónicas cargadas de sarmientos y racimos, cerrando su fuste alto un llauto con plumas muy cerradas y encima, a modo de capitel corintio, penachos también plumáceos. El segundo cuerpo tiene frontón curvado y partido que nace del entablamento y encierra una hornacina central entre follajes gruesos. El tercero ostenta ventana coral entre flores y follajes de buena talla, cerrándose todo con un frontoncillo rectilíneo sobre la lumbrera coral citada. Por coronación surge el ático, gastadísimo por la erosión, que culmina en un pináculo. Por los lados de la portada los cartones caen desdoblándose en juego de curvas. Como extraña peculiaridad, en la clave del arco de ingreso, hay una máscara demoníaca con plumas detrás de la nuca; es rostro burlón, con la boca abierta y la lengua colgante, afirmándose que representa al *Muqui*, duendecillo temido por los mineros coloniales por las malas bromas que les gastaba en el interior de las minas de cinabrio.

Ocupándose de las torres tenemos poco que decir. Su base llana con tragaluz sostiene, en cada caso, un campanario de un arco por frente y un cupulín entre pináculos. La torre de la Epístola fue remozada últimamente, pero es de *alaymosca* como su compañera y ambas de color blanco, igual que el resto de la fachada.

Interiormente este de los dominicos es templo de tres naves y presbiterio grande, al que desembocan tres arcos de piedra roja —uno por nave— y todos magníficos. Esta composición no resta belleza al conjunto y, en cambio, le suma originalidad. La cornisa interior del templo, igual que en la Catedral, también es de piedra roja.

No lejos de la iglesia está la portada conventual. Es un gran arco de medio punto con hasta tres pasos de luz entre un par de rechonchas y contorneadas columnas salomónicas, tamboradas, que el tiempo ha maltratado. El fuste es liso en un tambor, con líneas helicoidales en otro, luego se retuerce y venciendo un anillo remata en capitel corintio. Estas columnas, en realidad, adelgazan conforme suben, pero el

último tramo de su fuste resulta cilíndrico y vertical. Hoy no sostienen nada, luciendo solitarias y descoloridas, porque antaño —lo mismo que la desaparecida obra alta de la portada— estuvieron pintadas de rojo oscuro.

San Francisco se hizo en 1774 y consta de una nave de piedra con bóveda, crucero y cúpula de quincha y yeso. La fachada es de piedra blanca y lo mismo su torre única al lado de la Epístola. La portada se compone de un pórtico entre dos columnas estriadas de capitel de acantos que sostienen las bases de otros tantos pináculos. En la clave del arco, que es de medio punto, hay un medallón elíptico y vertical con el escudo franciscano; en los riñones hay un amorcillo de rostro grande y alas pequeñas; las jambas son de piedra con rostros indios, flores partidas y figuras lanceoladas que recuerdan cirios encendidos. El entablamento tiene doble friso: uno inferior de rombos y florones de ocho pétalos, otro superior con flores y vides mal hechas; luego cae la cornisa festonada que anuncia el segundo cuerpo. Este encierra una hornacina central con la Inmaculada en bulto de piedra y a sus costados, como estucados en el muro, las efigies de Santo Domingo (con báculo de cruz en la diestra y azucenas en la siniestra y debajo de estas flores el can con la tea ardiente) y San Francisco (con crucifijo en la mano derecha y calavera en la izquierda). Hay sobre cada santo un amorcillo y sobre la Inmaculada una ventana coral coronada en arco por siete florones de cuatro pétalos y dos petalillos cada uno. Un frontón de poca gracia —que corre rectilíneo pero nace y muere con volutas— se cierra a la altura de la lumbrera coral. Sobre ella, entre dos angelillos que corren hacia los flancos, hay una lápida que explica que el templo se concluyó el citado año 74 y que llevaron a cabo la obra los síndicos Gaspar de Arrendiolaza y Margarita de Zubizarreta. La lápida, los ángeles y un nichito sobre el todo conforman en conjunto el ático que corona la portada y la fachada. Resumiendo pareceres tendríamos que la portada es pobre, de gran simpleza, sus figuras antropomorfas primitivas, las zoomorfas y fitomorfas muy serranas. Los cartones, finalmente, cumplen un papel decorativo interesante cayendo por los flancos en forma nada complicada y sí armoniosa.

El convento adyacente de los Frailes Menores en mucho ha desaparecido, pero queda el claustro bajo de siete arcadas por lado y techo de tejas, bastante reconstruido sobre la base de las pilastras originales. Este se descubre por las piedras cercanas al suelo, unidas aún por la centenaria argamasa de cal y arena.

*San Sebastián* fue parroquia antigua, sin duda del siglo XVII y hasta posiblemente del XVI, pues sospechamos que era la propia a los indios mientras San Antonio era la de los españoles. La verdad es que se carece de fechado para el templo que hoy se ve, añadiéndose a esta incógnita el extraño corte de su fachada (pentagonal con tres puertas adyacentes) y su poco común campanario (base de piedra roja con tragaluz y ventana de arco, dos arquillos para las campanas y sobre ellos espadaña de un solo ojo terminada en triángulo isósceles), todo visto de frente.

La puerta central inicia la única calle de la portada (pues las puertas adjuntas son simplísimas y sus frontales llanos han perdido los pináculos), la cual se compone de cuatro columnas pareadas (2-2) y al centro el arco de piedra amarilla fina con un medallón vacío en su clave, frisillo de triángulos que penden como cencerros y de palos al modo de los heráldicos. Sobre las repisas que sostienen las columnas hay pináculos también pareados, y tras ellos una balaustrada de piedra antepuesta a la gran ventana coral de marco florido, que es rectangular, alargada, de arco lineal y por añadidura parece balconada. Sobre esta gran ventana se abre y rompe el frontón de triángulo que simulan sostener falsas pilastras a los lados de la ventana coral, pilastras que encierran una columna fingida y cajeadada bajo cuyo capitel jónico asoma el busto desnudo de un anciano barbado y casi calvo. En el triángulo roto por su vértice hay un nicho con el bulto del santo patrono y coronando todo una cruz de piedra entre dos pináculos.

El interior del templo ha sido bastante remozado, pues hasta comienzos de este siglo tuvo revoque de barro y guano así como piso de piedra, todo lo cual contrasta con la riqueza de ciertos retablos y la presencia de artesonados. Entrando más en materia se trata de tres naves de buena traza, lo que exige al templo un techo de tres paños. Hay sensación de amplitud y aireamiento, la luz no es mala. Hay solidez en los muros pero no se percibe tanta en los techos. Estamos en un templo de mucha historia, pero por ahora esa historia nos es desconocida.

Habiéndose destruido los templos de los agustinos y de los ignacianos, trataremos brevemente de las iglesias menores de Huancavelica, empezando por la de los juandedianos.

La iglesia de San Juan de Dios, que fue del Hospital adjunto, es anterior a 1752. Su trazo es pequeño, su única nave con techo a dos aguas, el material de su construcción la cancalla; exteriormente luce fachada simple y una espadaña de tres ojos. El Hospital al que sirvió acaso sea más interesante, si bien mucho de él se ha perdido. Está en una pequeña plazoleta que nace al costado del templo y su dieciochesca portada de piedra roja ostenta tres escudos, uno de los cuales —el de la granada teóloga— es el propio a la Orden de San Juan de Dios. Vencido el pórtico se pasa al zaguán de recibo, luego al patio que antaño estuvo rodeado de habitaciones para los enfermos. No se dan las "covachas" inherentes a otros hospitales del tiempo colonial, lo que nos induce a pensar que el edificio no es demasiado viejo. Posee, sí, una hermosa reja de madera tallada y varias ventanas rejadas con madera torneada. El rostro del recinto original está en ruinas o dedicado a depósito. Saliendo del Hospital, al lado diestro, está la vieja portería del convento juandediano y restos de un claustro de cinco arcadas.

Las que siguen son las iglesias indias de Santa Anta, San Cristóbal y la Ascensión, las dos últimas en la otra banda del río Ichu.

*Santa Ana* tiene fama de ser la primera iglesia de Huancavelica, aunque no es algo que se haya podido comprobar. Su única nave de piedra se presenta pobre, hacinada y penumbrosa, destacando en la oscuridad un gran arco fajón de puca rumi que centra la bóveda de madera, caña y yeso.

*San Cristóbal* es templo de mejor hechura. Data de 1776, según el medallón de la clave de su arco, tiene portada interesante y dos torres que distan de ser altas. La portada es de piedra blanquecina o cenicienta, tiene dos cuerpos y un ático, también tres calles que corren sin ambiciones. La central muestra un nicho vacío sobre el arco de ingreso y encima una lumbrera coral para terminar todo en el ático; las laterales se dan entre obesas columnas salomónicas que aprisionan un nicho en cada cuerpo. Cuatro pináculos, uno por cada columna del cuerpo superior, adornan la base del ático. La fachada en general tiene mérito artístico, pero ha sido recubierta en mucho por cemento, sin duda para disimular la piedra carcomida por la erosión.

*La Ascensión*, por último, es también de una sola nave, posee coro alto, un arco triunfal de puca rumi y —exteriormente— una hermosa portadita lateral.

Ya fuera de la ciudad, como caso de excepción está la iglesia de Santa Bárbara, junto al socavón real, levantada por Alonso de la Cruz, maestro que la concluyó el 26 de octubre de 1610, según reza una lápida. Sus portadas, empero, son de tiempo posterior. Es notable la portada principal, toda de *puca rumi*, que se inspira en la catedralicia. Es barroca, de una calle y tres cuerpos, destacando su unidad y su armonía. El primer cuerpo encierra un arco de medio punto entre dos columnas salomónicas de seis vueltas que arrastran hojas y racimos en su ascender, siendo sus capiteles tres penachos de plumas, el último cayendo sobre los otros dos. En la clave del arco hay un rostro femenino emplumado y con orejeras, y en las enjutas figuras leguminoides. El segundo cuerpo exhibe hornacina entre escaques verticales, mientras a los flancos, las columnas del primer cuerpo soportan tres rostros cada una y se coronan con un pináculo. En el tercer cuerpo está una ventana coral circular, terminando a sus lados falsas pilastras que sostienen un triángulo abierto sobre la lumbrera citada. Sobre ella, precisamente existe una cartela con el nombre abreviado de la santa patrona. Una cruz de piedra culmina este postrer cuerpo mientras cartones y roleos caen por los laterales. La otra portada, en el muro del Evangelio, es de un barroco grueso también en *puca rumi* y que alcanza un arco que sostiene a sus costados un triángulo roto por un medallón que contiene una cruz. Resulta pintoresco que encima y detrás de esta portada, también a sus costados, corre una galería balaustrada para presenciar los juegos de toros el 4 de diciembre, festividad de Santa Bárbara. Ver esta iglesia desde lo alto del coro es multiplicar su encanto al advertirle una torre al lado de la Epístola y un serrano techo de tejas. Sus portadas rojas, insísimos, contrastan hermosamente contra las paredes blancas.

Otra iglesia habría, también fuera de la ciudad de Huancavelica, esta vez en la provincia de Aimaraes: el templo de *San Juan Bautista de Julcamarca*. Se

construyó a fines del siglo XVII, pero su portada es de la siguiente centuria y probablemente se debe a dos momentos, porque la parte alta posee ligeras insinuaciones rococó junto al nicho central, existiendo un segundo cuerpo con visos de espadaña. Las columnas de ambos cuerpos, en la única calle, la central, son salomónicas y los cartones acusan deterioro. Las torres son sencillas y los campanarios de labor nada notable. Aún así, el templo es grave, con algo de grandeza pasada y mucho del barroco seiscentista.

Pasando a la arquitectura civil, tenemos que las casonas de Huancavelica son de piedra amarilla o blanquecina, muchas de dos pisos, todas con techo de tejas. El zaguán es breve y empedrado, con poyo y canaleta que viene del patio; éste es también empedrado, nunca grande, con galería baja y alta. Es frecuente que desde el centro de estos patios se divisen las cumbres de los cerros que rodean la ciudad. Retornando a la fachada, siempre encalada, destaca en ella la portada severa y sencilla, portón de dos hojas con portezuela en una de ellas, descubriéndose varios casos de cortes rococó. Hubo alguna casa, hoy casi derruida —al comenzar la calle Gamarra, cerca a la portada del convento dominico— que lució amplio frontón triangular con esculturillas de medio bulto; pero las que abundan son las de dintel corrido con frisillo festonado y, con menos frecuencia, florido. Tres o cuatro conservan dieciochescos balcones de cajón, sólo una (en la calle Manco Cápac) ostenta un medallón piadoso.

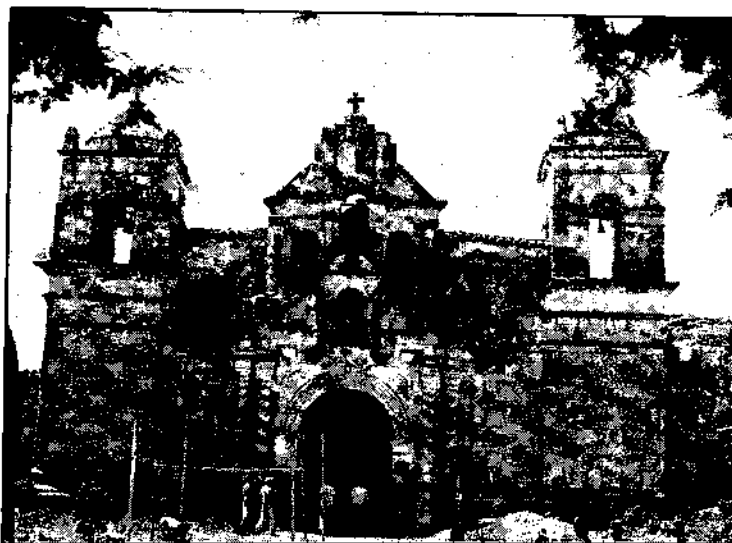
Las casonas coloniales que más destacan con las llamadas Casa del Sol, junto al templo de San Sebastián, y la Casa de la Máscara, en la calle Virrey Toledo.

La *Casa del Sol* recibe del vulgo este nombre por una máscara redonda y llameante que adorna su dintel. La portada es de piedra trabajada con algún cuidado, pintada de rojo guinda imitando puca rumi y con jambas de falsas pilastras. Sobre el dintel de madera está el rostro redondo que, en realidad, pareciera representar al Muqui, el duendecillo de los azogueros. El rostro circular con cinco mechones de cabellos levantados y orejas flameantes posee ojos abiertos, nariz perfilada, mostachos retorcidos, boca abierta y desdentada, habiéndose perdido la lengua colgante. A los lados de este rostro hay follajes abiertos y bajo el todo el pórtico se adorna con un frisillo de sarmientos con tres racimos por lado. El balcón de cajón de esta casona es el más viejo y casetonado de Huancavelica, posiblemente se remonte al siglo XVII. Como nota pintoresca en la esquina vecina con la calle de los Godos hay un monolito colonial que representa al Muqui y cuya misión fue impedir que las ruedas de las carretas mellasen la esquina: tiene cabellera flamígera, ojos abiertos, mostachos torcidos y lengua colgante.

La *Casa de la Máscara* presenta portada almohadillada de piedra roja con hermoso arco rectilíneo de siete dovelas, ostentando su clave otro rostro del Muqui, esta vez con bigote caído, barbas y mechones de corte foliáceo, nariz aplastada, ceño fruncido y boca entreabierta que también ha perdido el apéndice lingual. Es, dentro de la arquitectura civil, la mejor portada de la ciudad.



IGLESIA DE SANTO DOMINGO DE LA CIUDAD DE HUANCAVELICA  
Portada principal (cortesía del arquitecto José Correa Orbegoso).



IGLESIA DE SAN JUAN BAPTISTA DE JULCAMARCA, PROV. DE ANGARAES,  
DPTO. DE HUANCAVELICA. (cortesía del arquitecto José Correa Orbegoso).